

contingente ático (octubre de 462) bajo el pretexto de que ya no se necesitaba su auxilio.

Los efectos de esta ignominiosa conducta que siguieron los espartanos para con los atenienses, fueron muy fatales para el porvenir de Grecia: Esparta de un solo golpe había destruido el último punto de apoyo de la política panhelénica de Cimon. La influencia que este ejercía en la política exterior de su Estado, en lo concerniente á Grecia, desapareció por completo en un instante. Desde entonces, y por espacio de cerca de un siglo si se exceptúan algunas pandillas de fanáticos oligarcas, que posponían los intereses de la patria á los de su clase, no hubo en Atenas ningún partido que siguiendo las opiniones de Aristides y Cimon se atreviese á pronunciar una palabra que significara una inteligencia con

Esparta. El modelo de la política del pueblo ático fué únicamente su interés particular, rompiendo Atenas abiertamente con Esparta en cuanto hubo regresado del Peloponeso el ejército allí enviado. Los jefes de la joven democracia declararon rota la alianza con Esparta, y los atenienses se apresuraron á firmar pactos con algunos Estados griegos del continente (461) que, como Argos y Tesalia, eran acérrimos enemigos de Lacedonia. Un desacuerdo entre los ciudadanos de Megara y los de Corinto hizo que también entrase en la nueva alianza aquella pequeña ciudad. De este modo se mostró Atenas la rival de Esparta en punto á la hegemonía. No habían trascurrido apenas veinte años desde la célebre batalla de Platea, y ya había desaparecido la débil constitución de la unidad nacional griega, volviendo á presentarse un dualismo en extremo marcado.

### CAPITULO III

LA ÉPOCA DE PERICLES (460 Á 432)

- I. Destrucción de la fuerza política del Areópago. Muerte de Temístocles. Destierro de Cimon.—II. Democratización de la justicia ática.—III. Primera guerra del Peloponeso. Batallas de Tanagra y Euophyta.—IV. Paz entre Esparta y Atenas.—V. Victoria alcanzada en Chipre por los atenienses contra los persas. Paz de Cimon.—VI. Derrota de los atenienses en Queronea y sus consecuencias. Paz de treinta años y dualismo griego.—VII. Florecimiento intelectual de Atenas. El drama ático.—VIII. Atenas y el Peireo. Embellecimiento de la ciudad de Atenas. Templo de Teseo. Teatro de Dionisio.—IX. Acrópolis. Fidias. Odeon. El Partenon. Los Propileos. El Erection. Fidias en Olimpia. Figalia.—X. Gestión financiera de Pericles.—XI. Liga délica. Situación de Atenas en la liga délica.—XII. Guerra de Samos.—XIII. Administración de Pericles.—XIV. Estado de cosas en Atenas. El demos. Los sofistas. Sócrates. Aspasia. Las mujeres.—XV. Poder de Pericles. Oposición de la comedia. Hostilidad de los radicales contra Pericles.—XVI. Ataques contra Anaxágoras. Procesos contra Fidias, Aspasia y Pericles.—XVII. Guerra entre Corinto y Corcira. Potidea.—XVIII. Causas de la guerra del Peloponeso.

#### I.—DESTRUCCION DE LA FUERZA POLÍTICA DEL AREÓPAGO MUERTE DE TEMÍSTOCLES. DESTIERRO DE CIMON

El tremendo golpe que había sufrido en Atenas el partido conservador de Cimon, por el desgraciado éxito que había obtenido en los asuntos mesénicos, fué tal, que aun las fuerzas que en el interior conservaba se debilitaron extraordinariamente. Los caudillos de la democracia creyeron llegado el momento oportuno de intentar un ataque decisivo contra los elementos aristocrático-conservadores del Estado ático. Para hacer posible en Atenas una nueva constitución que separase el poder administrativo del judicial y para adoptar el sistema de los tribunales remunerados del pueblo, ó jurados, era necesario destruir el fuerte baluarte de los elementos conservadores, es decir, el alto tribunal del Areópago.

Este poderoso colegio había sido poco modificado en su composición personal y en su espíritu, por los acontecimientos que en 477 proclamaron la completa igualdad de clases en el Estado ático. Figuraban en él los hombres políticos más ricos, más ancianos y dotados de mejores cualidades; y como probablemente la dosimacia, es decir, el examen de los antiguos arcontes para entrar en el Areópago, se verificaba por los mismos areopagitas, se iban llenando las vacantes de manera que se conservaba siempre en la esencia el mismo personal con el mismo espíritu. El Areópago con su competencia discrecional política y censora, con el derecho de oponer su veto á las decisiones del Consejo y de la comunidad que juzgase peligrosas, era un impedimento para la nueva escuela democrática que trataba de democratizar á Atenas y dar mayor libertad al movimiento del demos, como lo había considerado necesario Pericles para robustecer la actividad ática.

Efialtes, secundado enérgicamente por Pericles, se declaró con todas sus fuerzas contrario al Areópago, procurando despojar á este colegio de su poder político y censor y limitar sus atribuciones al derecho penal y á las causas de religión. Los caudillos de la democracia pudieron comenzar el ataque con pocas dificultades, gracias á que su adversario Cimon, cada vez más poderoso y más influyente con el pueblo, se hallaba fuera de Atenas durante el período más agitado de la lucha. Probablemente su ausencia se relacionaba con las nuevas probabilidades de éxito que se ofrecieran últimamente á los atenienses para debilitar el poder de los persas. El rey Artajerjes I no podía vengar con ayuda de Temístocles la derrota del Eurimedonte: poco después de haber dominado el levantamiento de los bactrianos, estalló en la más revoltosa provincia de los Aqueménidas, en Egipto, una gran sublevación (463), que obligó á los persas á trasladar todas sus fuerzas á las costas del Mediterráneo. El caudillo de los egipcios, el rey Inaros, libio, hijo de Psammético, no pudo con el tiempo sostenerse por sí solo contra la preponderancia de los persas y á fines de la primavera de 462 pidió auxilio á los atenienses, á quienes ofreció en cambio varios servicios importantes bajo el punto de vista mercantil. Dado el estado de las relaciones que en aquel momento existían entre los griegos y los persas, mientras no se firmara un sólido tratado de paz que pusiera fin, en beneficio de los griegos, á las sangrientas colisiones, los atenienses nada mejor podían hacer que responder al llamamiento de Inaros, y en efecto le auxiliaron enviándole una fuerte escuadra de 200 velas que se hizo á la mar en dirección al Delta. Temístocles, el gran marino con cuyo auxilio había contado el rey persa para vencer á los atenienses, no quiso por más tiempo combatir contra

sus conciudadanos. El célebre fugitivo había conseguido al fin del gran rey una elevadísima posición en el Asia Menor oriental. La ciudad de Magnesia á orillas del Meandro, que le había sido adjudicada junto con todo el distrito y otras ciudades griegas, era su nueva residencia señorial; pero se acercaba rápidamente el fin de su agitada existencia, y una enfermedad le llevó al sepulcro en 462 ó 461, cuando contaba 65 años de edad. Los griegos, convencidos de que le remordía la conciencia por haber luchado contra la joven Atenas, propia creación suya, han contado posteriormente repetidas veces que se había envenenado á fin de no tener que cumplir la promesa hecha al gran rey. En todo caso la muerte ahorró al anciano vencedor de Salamina una crisis cruel. Los persas no podían ya aventurarse á emprender la expedición proyectada al mar Egeo para evitar que los atenienses apoyasen á los egipcios.

Probablemente la lucha que de nuevo se encendió en el delta fué lo que en 461 alejó por tanto tiempo de Atenas á Cimon, durante cuya ausencia los caudillos de la democracia dieron la batalla decisiva contra el Areópago. Entre hombres como Efialtes, y especialmente como Pericles, no se trataba de una destrucción brutal de las antiguas instituciones, sino de que los negocios principales que hasta entonces habían correspondido al consejo de los Areopagitas, irresponsables y nombrados vitaliciamente, pasasen á manos de un nuevo tribunal democráticamente organizado. Era natural que este ataque exasperase profunda y tenazmente á todos los partidarios del antiguo orden de cosas que, como aristócratas, estaban tan separados como podían de los demócratas. La victoria, después de varias discusiones parlamentarias, fué para estos últimos, lo cual quiere decir que la Bula y la Iglesia en su mayoría aprobaron la proposición presentada por Pericles y Efialtes.

Con todo, la lucha debía continuar aun durante mucho tiempo: cuando Cimon, al regresar á su patria, encontró tan radicalmente cambiadas las instituciones interiores de su Estado, se opuso con toda su energía á tales innovaciones. Sea que la modificación introducida en el Areópago, reduciendo su poder jurídico, fuese considerada como un acto revolucionario, ilegal, por no haberse consultado la opinión del alto tribunal; sea que Cimon y su partido se esforzaran en impedir que fuesen aprobadas las nuevas concepciones democráticas proyectadas por Efialtes y Pericles, el caso fué que la lucha tomó tales proporciones, y adquirió tal grado de acritud, que por fin tuvo que apelarse de nuevo á la decisión del ostracismo, en la cual fué derrotado Cimon, quien en 460 tuvo que abandonar el campo á su enemigo Efialtes, como habían hecho anteriormente Aristides y Temístocles.

#### II.—DEMOCRATIZACION DE LA JUSTICIA ÁTICA

Entonces pudieron los caudillos democráticos desarrollar en todos sentidos su sistema, y no titubearon en crear las instituciones, por las cuales se rigió desde entonces el pueblo ateniense, hasta que hubo terminado la guerra del Peloponeso. El poder del Areópago sujeto á cierta vigilancia, no desapareció en modo alguno del Estado, pero se democratizó notablemente, esto es, se creó un nuevo tribunal democrático de comprobación y casación, compuesto de siete *nomofilax* ó guardadores de la ley, cuyas atribuciones, respecto al Consejo y á la Iglesia, eran examinar las proposiciones de los oradores é interponer su veto en todas las decisiones contrarias á la constitución. Correspondiales, asimismo, el derecho de hacer que los distintos tribunales, según las circunstancias, se atuviesen á los procedimientos legales, y sobre todo de procurar que la administración corriese estrechamente

unida con las leyes existentes. Este colegio era renovado anualmente, y los miembros salientes debían desde entonces, juntamente con los antiguos arcontes, llenar las vacantes del Areópago. Con la creación de este tribunal se relacionaba, en un círculo más extenso, el desarrollo esencialmente conservador de un sistema, creado posteriormente como medida de precaución, gracias al cual la democracia de aquella época, en alto grado instruida, se cuidó con éxito de evitar el peligro que en lo porvenir ofrecía un cambio de las leyes y de la constitución, caso de que fuese impremeditado, precipitado ó frívolo. A este objeto correspondió perfectamente por un lado el tribunal de los nomotetes, creación soloniana, formado por los heliastas más célebres y ante el cual se decidía, en forma de acusación y defensa, si debía admitirse la abolición de una ley existente ó la promulgación de nuevas disposiciones: por otro lado, contribuyó á ello el derecho que todo ciudadano tenía de poder dirigir al tribunal de los jurados su queja sobre violación de la ley, en su forma, en su fondo ó en su tendencia, contra una nueva proposición antes de que fuese aceptada, ó durante un año después de haber sido convertida en ley, y aun personalmente contra el que la había presentado.

Inmediatamente se procedió á la reforma de la justicia ática: el positivo cambio fundamental de la vida del Estado ático, que entonces se llevó á cabo, consistió por un lado en la separación bajo todos conceptos de la justicia y de la administración, correspondiendo al Areópago únicamente los casos de homicidio. Asimismo se limitó extraordinariamente la competencia de todas las magistraturas, á saber, el Arcontado y la Bula, hasta el punto de que estos solo conservaron el derecho de conocer de los delitos que se castigaban con multas de cincuenta dracmas (50 pesetas). Los arcontes, como los demás tribunales superiores, no fueron ya jueces independientes, quedándoles únicamente la presidencia en los juicios, en los cuales debían cuidar de la instrucción, dirigir el procedimiento y ejecutar la sentencia pronunciada por el tribunal. Los tribunales eran, exceptuando el Areópago, grandes jurados. Entonces comenzó el período en que realmente una parte importante de la burguesía ática se ocupó cada vez en mayor escala en la administración de justicia. El instituto de los heliastas (1) alcanzó en aquel tiempo la mayor importancia en Atenas. Anualmente se sorteaban 6,000 jurados para el ejercicio de la administración general de justicia, y 1,000 suplentes, ó cuando menos 500, para los diez tribunales ó *dicasterios*. Entre los varios tribunales se distribuían las distintas clases de pleitos y causas. Dado el gran número de negocios jurídicos, fué muy pronto imposible poder nombrar el número necesario de ciudadanos áticos de la clase media y baja que tomaran asiento en los tribunales de justicia, si no se les aseguraba una indemnización de los días que debían destinar á los negocios públicos. Por esto los reformadores atenienses decidieron en favor de los diábetes jurados que cada uno de estos recibiría diariamente un óbolo (7 céntimos) ó á lo más dos, es decir, lo suficiente para comprar el pan cotidiano.

Operábase en la historia de Atenas un marcado movimiento que estaba íntimamente ligado con la citada destrucción del Areópago. Con la separación de Esparta coincidió el momento en que el demos ateniense fué soberano en su propia casa, en donde era entonces el verdadero señor de derecho: su naturaleza juvenil tomó por blanco de sus tiros los tribunales aristocráticos. El Consejo elegido anualmente, la Bula, era solo un comité consultivo para dirigir la adminis-

(1) Llamábanse *heliastas* porque se reunían en la plaza pública de Atenas llamada Helica. (N. del T.)

tracion, y los funcionarios públicos eran simples mandatarios de la voluntad del pueblo. La preponderancia política estuvo en la plebe, y la cuestión era tan solo si conservaría en todo tiempo la recta penetración y si encontraría siempre buenos jefes para utilizar felizmente sus fuerzas. Con todo, no hay que perder de vista una cosa esencial, y es que Atenas no tuvo que luchar con la gran dificultad, no conocida en los Estados democráticos del mundo antiguo y que tienen que vencer los modernos que han introducido el derecho de sufragio universal. La clase llamada trabajadora, es decir, las masas dedicadas al trabajo, no entraban para nada en la política de Grecia ni después en la de Roma. Los Estados antiguos mantenían la esclavitud en tanto mas alto grado, cuanto mayor era la importancia que alcanzaban: la misma Atenas tenía una población esclava muy numerosa en la ciudad y en el campo, y todos los movimientos políticos que en ella se verifican abrazan solo á los nobles, á los ciudadanos y á los labradores: únicamente en tiempos muy posteriores acontecen en Grecia los movimientos que solemos actualmente llamar sociales.

La democracia burguesa había conseguido, con todo, en Atenas una importante victoria; pero no había podido conseguir una verdadera tranquilidad, siendo todavía necesarias nuevas y fuertes luchas antes de que pudiese tratarse de llegar á un estado de paz. Por un lado, una parte del partido derrotado se hallaba poseída del mayor odio contra el vencedor: el partido aristocrático conservador se hallaba momentáneamente falto de guía y disperso; pero una parte importante del mismo se encontró gradual y positivamente en abierta y formal oposición contra las innovaciones, adoptando una actitud bien poco tranquilizadora. Cuanto mayor era el cuidado con que los jurados inspeccionaban la conducta de los funcionarios, con cuyo deber de rendir cuentas obraba la democracia con el mayor rigor; cuanto mas el plebeyo del demos, á pesar de su natural bondad, dejaba sentir su rigor sobre los principales y nuevos señores eventualmente acusados, tanto mas sombrío, tanto mas atrabiliario era el humor de aquel elemento que cincuenta años después había de dar origen al partido que llevó á cabo la reacción oligárquica. Después de la caída del Areópago, todo el corazón, las simpatías y desgraciadamente las esperanzas de aquel elemento se cifraban en Esparta. Y sin embargo, durante el transcurso del siguiente año, tuvo este partido tan antipatriótico algunas probabilidades de éxito en el interior, gracias al auxilio que le prestaron sus aliados los espartanos, probabilidades que fueron solo ilusorias.

Los nuevos gobernantes atenienses debieron, sin embargo, esperar de su rompimiento con Esparta que de tales relaciones, á la corta ó á la larga, debía nacer una lucha con la antigua primera potencia panhelénica y sus aliados; y no debieron por tanto titubear en hacer en todos sentidos los necesarios preparativos para cuando llegase este caso. Por un lado se decidió trasladar de Delos á la Acrópolis de Atenas el fondo de guerra de la alianza délica: desde la rebelión de Naxos y la deserción de Temístocles al campo persa, se había considerado en peligro la seguridad de esos preciosos tesoros que según modernas investigaciones ascendían á 3,200 talentos (unos 18.000,000 de pesetas). Así como hasta entonces solo se había tenido que evitar alguna sorpresa, así también era muy expuesto, á partir del rompimiento de las relaciones existentes desde el tiempo de la gran guerra, que estallase la ardiente rivalidad con los peloponesios; pues de la audacia de los marinos de Egina era de esperar cualquier atrevida empresa. Los aliados samios lograron que la asamblea de la liga délica se determinase á seguir su consejo en el paso, tan trascendental para su desarrollo, que iba á dar la alian-

za (460). Por otro lado, Pericles adoptó el antiguo pensamiento de Temístocles, de aumentar las fuerzas defensivas de las dos ciudades Atenas y Pireo y de hacer invulnerables las fortificaciones de la primera, uniendo ambas plazas por medio de dos largas murallas.

Antes de que esta obra colosal hubiese sido puesta seriamente en práctica habían los atenienses realizado una obra análoga en pequeña escala en Megaris; cuando desde 460 á 459 unieron la ciudad de Megara con el puerto de Nisea, distante de aquella 8 estadios (24 minutos) por medio de una doble línea de murallas, para que los megarenses pudiesen considerarse mas seguros contra los corintios, y para fortificar su propia posición en esa comarca, con cuya alianza los atenienses dominaban todas las vías desde el istmo á la Grecia central y los puertos de Pege y Egostene. Pero esta sólida fortificación militar de Atenas delante de las fronteras de Corinto fué el rompimiento de la primera gran guerra de raza en Grecia. Los espartanos no se encontraban en aquel momento en situación de dirigirse inmediata y abiertamente contra Atenas; pues la lucha de Itome les obligaba á conservar las mas escogidas tropas laconias en Mesenia. Una tentativa del general persa Megabazo que se valió de dinero y negociaciones para inducir á los espartanos á tomar las armas contra el Atica, tentativa que obligó á los atenienses á llamar la escuadra del Delta, no tuvo éxito alguno. Era la primera vez que la corte de Susa se proponía entrar en relaciones con Esparta, la cual conservaba todavía el recuerdo de la unión con que ella y Atenas habían hecho la guerra contra los persas. El odio que contra Atenas sentían los espartanos no había llegado todavía á formar un principio vital de su política, para permitir á los eforos engolfarse breve y perfectamente en una empresa en extremo peligrosa bajo el punto de vista político y militar, y que solo aprovecharía en último resultado al gran rey. En cambio vió con placer la primera potencia peloponesia, que Corinto, aliada con Epidaurio y Egina, aprovechaba, para lanzarse contra Atenas, un momento en que una parte muy importante de las fuerzas áticas se encontraba en el Nilo.

### III.—PRIMERA GUERRA DEL PELOPONESO. BATALLAS DE TANAGRA Y ENOPITA

Las luchas comenzaron, según parece, á mediados de 459. La guerra que nuevamente se encendía sometió á Atenas á las mas duras pruebas; de un modo análogo á lo acontecido á la Atenas de Clístenes, después de la caída de Iságoras, debió entonces el Estado de Pericles hacer un poderoso llamamiento á todas sus fuerzas, así morales como materiales. Muy ventajoso fué para las relaciones interiores de los atenienses el que varios generales democráticos, que con preferencia mandaban á los hoplites, se hicieran real y efectivamente los enérgicos campeones de la nueva política ática.

La primera batalla importante fué desfavorable á los atenienses: Mirónides, excelente caudillo, que acampaba con una parte de tropas áticas en Halieis, punto en donde se confundían los límites de Epidaurio y de Argos, trabó combate con un ejército corintio-epidaurio; la derrota en esta ocasión sufrida fué muy pronto reparada; pues algunos meses después la escuadra ateniense alcanzó una brillante victoria sobre la peloponesia en las aguas de la isla Cecryfaleia, situada entre Egina y la costa de Epidaurio. Además, una segunda victoria marítima conseguida en la isla de Egina, y en la cual los enemigos dejaron 70 buques en poder de los atenienses, permitió á estos atacar desde entonces la isla enemiga. Los hombres de Estado que gobernaban en Atenas decidieron formalmente terminar esta vez la antigua contienda con Egina: en otros términos aniquilar la independencia política de

aquella isla que se alza frente á las trincheras del Pireo, implacable enemiga desde antiguo de los atenienses y gobernada oligárquicamente. A este fin comenzó en los primeros días de octubre el bloqueo terrestre y marítimo de Egina, cuyas operaciones fueron dirigidas por Leócrates. Todos los esfuerzos de los peloponesios tendieron principalmente á hacer levantar el sitio de Egina, para lo cual desembarcaron en la isla 300 hoplites de Corinto y Epidaurio; mas á pesar de todo no pudieron aquellos conseguir el fin que se proponían. Cuando en la primavera de 458, Corinto y Epidaurio condujeron hácia Megaris un ejército considerable, Mirónides convocó las reservas de los atenienses, las nuevas tripulaciones no llamadas todavía al servicio y los veteranos de la burguesía, y consiguió sobre sus enemigos dos victorias, la segunda de las cuales fué para los peloponesios una derrota completa. Con todo, la situación de los atenienses comenzaba á ser en extremo crítica; la guerra de Egipto, que en un principio les fuera tan favorable, comenzaba á tomar distinto giro; la tenaz perseverancia de los eginetas obligaba á los atenienses á sostener en la isla una parte importantísima de sus fuerzas, y la necesidad de proteger debidamente á Megaris, obligaba á Atenas á distraer una parte de su ejército, siendo además temible que los espartanos acabaran por unirse y operar una diversion favorable á los eginetas. En tales circunstancias, los caudillos democráticos consideraron indispensable terminar tan rápida y enérgicamente como les fuese posible la construcción de las largas murallas, que debían enlazar los puertos del Pireo y del Falero con Atenas. Las odiosas pasiones de la parte fanática de la aristocracia ática fueron causa de que apenas ayudara á la terminación de esta obra de defensa nacional. Aquel grupo de políticos, en su implacable odio por haber sido derrotados, y de continuo irritados por el cambio que en la administración de la justicia introdujera Efilates, cifraba sus últimas esperanzas en una nueva intervención de los espartanos; esperanzas que debían desaparecer en cuanto la joven democracia en cuyas manos se encontraba el gobierno, hiciera inexpugnable su posición bajo el punto de vista militar. Enabláronse entonces, según parece, negociaciones secretas y traidoras entre el grupo oligárquico y los espartanos, y pronto encontraron estos una ocasión para ponerse en movimiento contra el Atica. La momentánea debilidad de Esparta había alentado á los focenses á dirigirse en son de conquista contra los próximos afines en raza de los dorios peloponesios que habitaban en la pequeña comarca montañosa del Parnaso y á orillas del Cefiso superior. Esta situación de la madre patria destruyó los últimos escrúpulos de los eforos. Los espartanos á pesar de la lucha sostenida frente á Itome, pusieron en pie de guerra un ejército considerable, equipando en su propio cantón 1,500 hoplites, á los cuales se agregaron 10,000 hombres, contingente que proporcionaron los aliados. Bajo la dirección de Nicomedes (hijo de Cleombroto), que entonces gobernaba como tutor de su sobrino menor de edad, Pleistonax (hijo de Pausanias), quien ceñía la corona de los Agiadas desde la muerte de Pleistarcos, se encaminaron en 457 las columnas peloponesias hácia la Grecia central. Los focenses no intentaron siquiera una resistencia, sino que aceptaron un tratado, en virtud del cual se devolvía intacto á los dorios del Cefiso el territorio de que se les había despojado. En el entretanto la expedición de los peloponesios había llevado la inquietud al ánimo de los hombres de Estado atenienses y les había inducido á llevar á cabo por su parte algunas escaramuzas militares. Apresuráronse para ello á guarnecer debidamente el paso del istmo en Megaris, y á interceptar en seguida á los peloponesios el paso del golfo Criseo, enviando á aquel punto una pequeña escuadra. La enemistad, que había quedado en suspenso por algun tiempo, tomó un nuevo carácter: en estos días

nefastos había nacido y tomado público incremento una práctica político-militar, que desde entonces hasta el tiempo del rey Filipo caracteriza desgraciadamente, y con fuerza siempre creciente, la vida política de los griegos. La enemistad entre Esparta y Atenas tomó el carácter de la lucha de una propaganda política, y muy pronto de una lucha de principios. Así como los antiguos espartanos protegieron en todas partes á los elementos aristocráticos contra la tiranía, del mismo modo entonces comenzaron, en todos los lugares en donde les era posible hacerlo, á atraerse y robustecer los partidos aristocráticos y oligárquicos, y á impelerles en interés propio hácia la destrucción de la influencia ático-democrática. La democracia Atenas comenzó á su vez con inusitada energía á extender por todas partes sus principios, á fomentar los elementos democráticos de los demás Estados griegos y á tenderles la mano para que por ese camino pudiesen robustecer y ampliar sus propias fuerzas. De este modo se inició un desarrollo histórico, cuyas consecuencias fueron, por un lado la agrupación de los griegos, unos en pro de Esparta, otros en pro de Atenas, y por tanto el dualismo griego que se conservó con un carácter rudo por espacio de diez años; y por otro las bases de una enemistad en todas las comunidades griegas, que obró en sentido tan destructor como la de los confesionales alemanes durante los siglos XVI y XVII. Ese desarrollo perjudicial llegó á su apogeo durante la guerra peloponesia y los años siguientes, bien que en un principio la guerra de propaganda se limitó exclusivamente á la Grecia central.

Los peloponesios comenzaron en 457, en Beocia, donde todavía preponderaban la nobleza y los elementos oligárquicos, á erigir un baluarte contra el desarrollo moral y territorial de los atenienses. Tebas no había podido hasta entonces reponerse del golpe que había recibido en su situación y en su crédito por la conducta antinacional que, guiada por su nobleza, había observado durante la guerra persa. La alianza beocia se había roto desde la batalla de Platea. En esta ocasión el ejército de Nicomedes que acampaba en el valle del Copai, ayudó á los tebanos en parte á extender y fortificar su ciudad, y en parte á recobrar la preponderancia que ejercieron sobre las ciudades beocias, y sobre todo á robustecer la soberanía de la aristocracia en aquellos cantones. Simultáneamente se ofrecía á los espartanos la esperanza de alcanzar nuevo éxito: algunos caudillos de la fanática oligarquía de Atenas instaron al general en jefe de las tropas peloponesias, á que intentase un ataque contra el Atica, que serviría de punto de apoyo para una sublevación en el territorio ático, gracias al cual la oligarquía esperaba impedir la terminación de las largas murallas que todavía no se habían visto atacadas, y derribar á la joven democracia. En vista de ello condujo Nicomedes su ejército hácia los límites áticos y acampó junto á Tanagra, esperando el comienzo de la anunciada sublevación.

La situación de los atenienses era por demás difícil, pues todavía la lucha sostenida en el delta del Nilo y el bloqueo de Egina, tenían entretenidas una gran parte de sus fuerzas. La burguesía se hallaba sumamente perpleja, pues por un lado la fanática perversidad de la oligarquía había llegado recientemente hasta el asesinato del odiado Efilates, y por otro, en las luchas con Esparta, los amigos de Cimon inspiraban la mas profunda desconfianza. Esta crítica situación encontró sin embargo en Pericles, que entonces aparecía como el enérgico caudillo del demos, el deseado campeón del Estado ático. Las últimas fuerzas del pueblo ático fueron sin demora convocadas é impetrado asimismo el auxilio de los nuevos aliados; y cuando se les hubieron reunido 1,000 guerreros de Argos, algunos otros aliados, y un cuerpo de caballería tesálica, se lanzaron á la pelea formando en conjunto un ejército